

todas las ediciones posteriores de *El juguete rabioso*. Me parece que lo que la vecina, algo caóticamente, quiso decir es:

–Sí, tomas el tren a *El Palomar*, le dices al guarda [*del tranvía 88*] que te baje en La Paternal, tomas el 88. Te deja en la puerta.

El tranvía 88 partía desde Rivadavia y San Pedrito; tomaba San Pedrito, Directorio, Curapaligüe, Donato Álvarez y Trelles. Luego seguía por Garmendia y otras calles, hasta concluir su recorrido en las Barrancas de Belgrano; pero lo que aquí nos interesa es que la estación La Paternal se hallaba (y sigue hallándose) en el punto en que Trelles se convierte en Garmendia (al cruzar Warnes).

De esta manera, Silvio tendrá que caminar desde Cuenca hasta Nazca (tres cuadras), tomar el tranvía 88 (que lo dejará, tal como dijo la mutante señora Naidath/Naydath/Naidach, en la puerta de la estación La Paternal), allí abordar el tren del Pacífico y bajar en la estación El Palomar, es decir, frente a las instalaciones militares que son su destino.

Con este método, podrá llegar; con el que aparece en el libro, será imposible: por lo tanto, jamás habría podido tener lugar la entrevista con los

tres oficiales, uno recostado en un sofá junto al trinchante, otro de codos en la mesa, y un tercero con los pies en el aire, pues apoyaba el respaldar de la silla en el muro [...]

5. Prohibido pisar el esófago

El primer capítulo de *El juguete rabioso* se titula «Los ladrones». En cierto pasaje, Arlt escribe:

Un agente de policía cruzó el herbero de la plaza hacia nosotros.

De acuerdo con el DRAE, *herbero* (del lat. *herbarius*) no es otra cosa que el «esófago o tragadero del animal rumiante». Siendo esto así, será difícil representarse un esófago de vaca que descansa en una plaza y que, además, sea cruzado por un agente de policía.

Sin duda, Arlt relacionó el sonido de *herbero* con la *hierba de la plaza*, y obró en consecuencia, utilizando aquel vocablo en lugar de, por ejemplo, *césped*.

6. La venganza del ingeniero

Después de consumada su delación del Rengo, Silvio Astier se presenta, en el tramo final de la novela, ante el ingeniero Arsenio Vitri. Éste, aunque ha sido beneficiado por la canallada, aprovecha la ocasión para humillar al desconcertante Silvio:

- No, venga, siéntese... ¿dígame por qué ha hecho eso?*
- ¿Por qué?
- Sí, ¿por qué usted ha traicionado a su compañero?, y sin motivo.
- ¿No le da vergüenza tener tan poca dignidad a sus años?

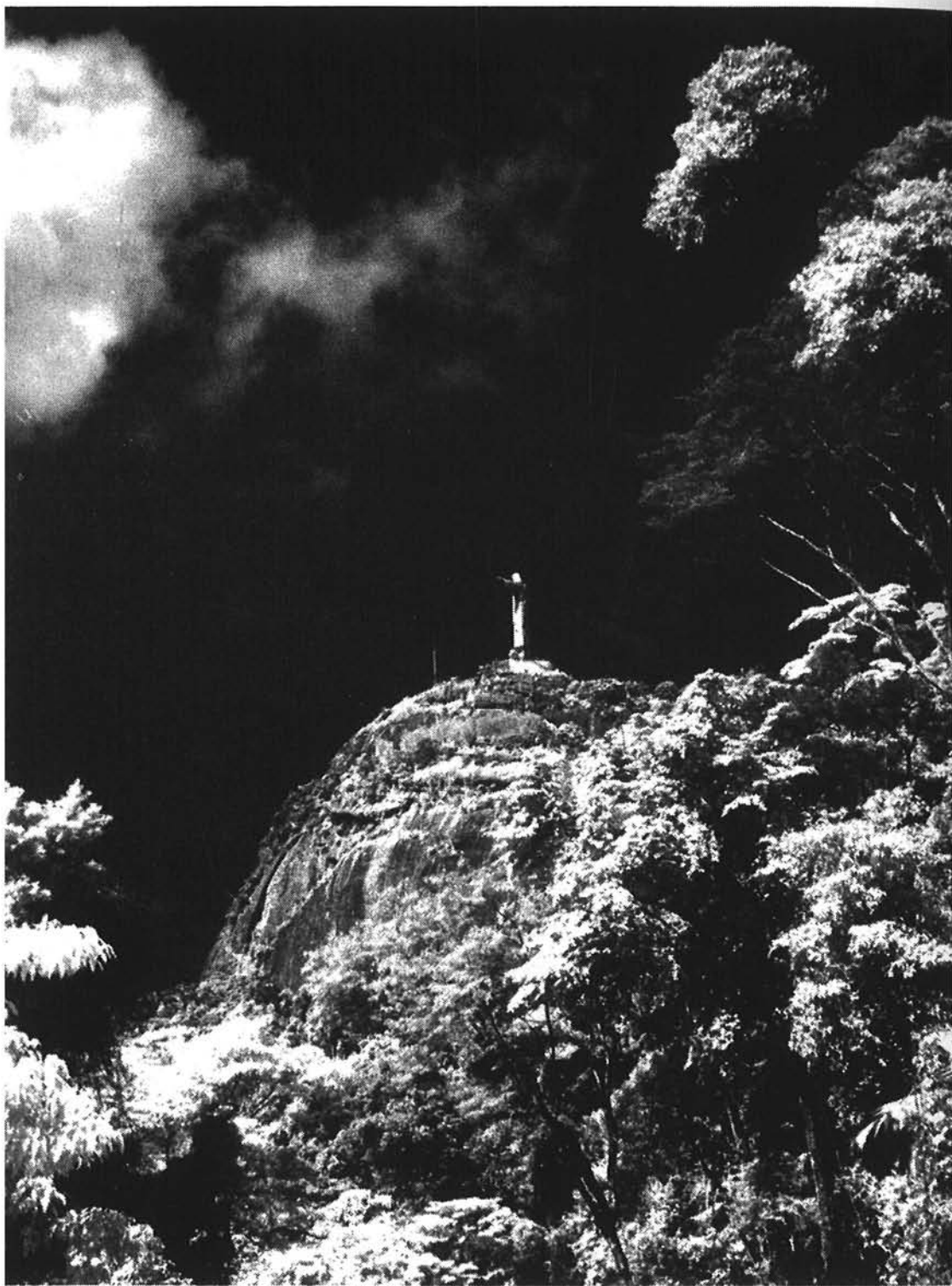
Durante dos o tres páginas más continúa un diálogo que no me atrevo a calificar de verosímil: tras haberlo amonestado con severidad, el ingeniero se convierte en súbito admirador de Silvio y termina festejando su «alegría».

Silvio pide un favor:

- Vea; yo quisiera irme al Sur... al Neuquén... allá donde hay hielos y nubes... y grandes montañas... quisiera ver la montaña...
- Perfectamente, yo le ayudaré y le conseguiré un puesto en Comodoro; pero ahora váyase porque tengo que trabajar. Le escribiré pronto... ¡Ah! Y no pierda su alegría; su alegría es muy linda.

Aquí, como en el caso del tranvía 88, Silvio tiene mala suerte con los itinerarios. Él desea ir al Neuquén, a ver hielos y montañas (nubes también hay en Buenos Aires), y el ingeniero, sin dudar, lo despacha a Comodoro Rivadavia, que no queda en el Neuquén sino en el Chubut, y donde, en lugar de las «grandes montañas» que Silvio quería ver, tendrá que conformarse con la contemplación del funerario cerro Chenque.

* Hay tres maneras certeras de puntuar este sintagma («dígame por qué ha hecho eso», «dígame, ¿por qué ha hecho eso?» o «dígame: ¿por qué ha hecho eso?») y unas cuantas maneras erróneas.



El Cristo del Corcovado (Río de Janeiro)